

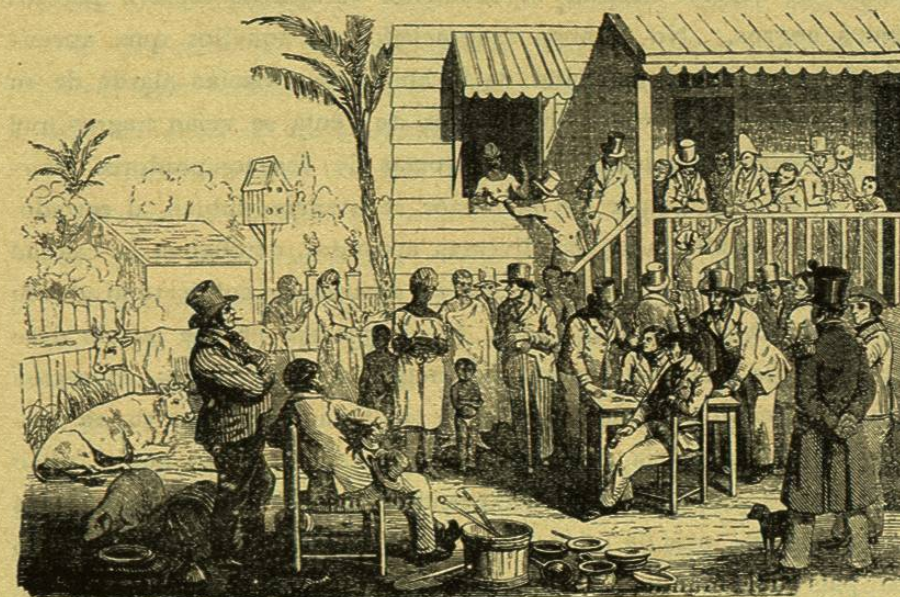
por orden de la legislación, cuando el negro hubiera revelado la existencia de un complot contra los blancos: «¡el traidor á su causa era el único que fuese digno de la libertad!»

De ese modo la esclavitud y esa servidumbre disfrazada que se llamaba la libertad del negro iban agravándose de año en año en virtud de la importancia de los intereses amenazados. Pasó el tiempo en que, bajo la influencia de la filosofía del siglo XVIII, los plantadores eran los primeros que deploraban la «repugnante institución» y tomaban por argumento contra Inglaterra el «crimen» de haberles legado la deplorable herencia. Al principio del siglo XIX, en el mismo Congreso, Mason y Jefferson hablaban indignados contra el crimen á que se les había condenado contra su voluntad, y las sociedades de emancipación de los negros se formaban principalmente entre los plantadores. Hasta se dió el caso de que la legislatura de Virginia, en 1831 y 1832, discutiera los medios para la extinción gradual de la esclavitud. Veinte años después, el Virgino que acerca de la esclavitud hubiera empleado el lenguaje desaprobador de su padre, corría el riesgo de ser expulsado como indigno de la sociedad de sus iguales. El senador Hammond decía: «Hubo un tiempo en que todavía teníamos dudas y escrúpulos; pero hoy no dudamos... Nuestra conciencia queda tranquila, nuestra resolución es serena y firme». El famoso Calloun añadía «que la esclavitud es la base más segura y más estable de las instituciones libres en el mundo». Y todos en competencia exponían afirmaciones del mismo género hasta que un gobernador de Estado, Mac Duffie, pronunció la fórmula definitiva: «La esclavitud es la piedra angular de nuestro edificio republicano».

La causa de los ricos y de los propietarios de hombres tuvo naturalmente á su servicio la Iglesia en cuerpo, no solamente en los Estados de esclavos, sino también en los Estados libres: la Biblia, el Nuevo Testamento, no menos que el Antiguo, no toca á la propiedad del hombre por el hombre sino para declararla sagrada como todas las demás. Hasta las sectas que habían tenido tendencias revolucionarias en su origen y habían afirmado con Wesley que «la esclavitud es el conjunto de todos los crímenes», esos mismos grupos de fieles habían llegado, de concesión en concesión, á permitir

á sus obispos que se hicieran propietarios de esclavos. Unicamente los cuáqueros habían permanecido intransigentes, y debido á eso precisamente eran también los únicos á quienes la gran aristocracia evangélica negaba el título de «hermanos».

La Iglesia, en la mayoría de sus pastores, se había regimentado sólidamente; era preciso también domesticar la ciencia, y ésta se prestó



Cl. P. Sellier.

VENTA DE UNA NEGRA Y DE SUS HIJOS
(Estampa de 1844).

muy bien en la persona de los sabios: por una parte los sacerdotes establecían como mejor podían que Canaán, el Sirio, y su padre Cham ó Ham, el antepasado de los Hamitas, habían sido malditos por Dios, y que á los negros, aunque no pertenecían á su raza, les había alcanzado la maldición; por otra, los antropólogos americanos, adheridos en masa á los partidarios de la multiplicidad de los orígenes humanos, enseñaban la diversidad fundamental, absoluta, específica del blanco y del negro y la inferioridad indiscutible de éste, intermediario natural entre el hombre y el mono. Es decir, que desde el punto de vista de la doctrina, clérigos y sabios se hallaban en oposición completa, pero la contradicción sólo era aparente, porque el odio lo concilia todo, y se podía tomar argumento de una ó

de otra teoría: que los negros fuesen hombres malditos, abrumados bajo el peso de un crimen original, irremisible, ó que fuesen una especie inferior al *homo sapiens*, poco importaba, puesto que de todas maneras les podía declarar destinados á eterna servidumbre. Pero sobre fuerzas que, fuera de allí, en todas partes son enemigas de la Iglesia y la Ciencia, los esclavistas tenían también la audacia de hacerse aceptar la condición natural de esclavo por los mismos negros. No faltaban desgraciados de aquéllos que, aprendido de memoria el estribillo de la abjuración, hacían alarde de su propia bajeza, y en todos los bazares de venta se veían negros que reían bestialmente celebrando las bromas de los compradores blancos y se dejaban palpar sin la menor resistencia: subían al estrado, saltaban, se manifestaban en diversas actitudes, detallaban la calidad de sus músculos, de su fuerza, de su destreza y sobre todo de su docilidad; despreciados de todos, se complacían en ese mismo desprecio. A la educación moral del negro acompañaba la educación física, emprendida metódicamente en los Estados del centro, en contacto con la industria pecuaria. El valor del esclavo negro como bestia de trabajo había sido comprendido más científicamente en los Estados Unidos, país de iniciativa comercial é industrial, que en todo otro país del mundo. Había criaderos ó ganaderos en Virginia, Kentucky y Missouri, que, imitando á los zootécnicos ocupados en los cruzamientos de las razas animales, se ingeniaban con provecho en aplicar aquella industria al hombre negro, y los resultados obtenidos eran notabilísimos. A la mitad del siglo XIX, aquellos Estados de la zona media donde penetraba ya el régimen industrial de los blancos con su trabajo asalariado, desplazaban gradualmente sus intereses agrícolas y no producían algodón, arroz ni azúcar como los Estados meridionales del litoral; se ocupaban principalmente de la producción y de la exportación del ganado y de los hombres, llegando á vender anualmente hasta cien mil negros llamados «Virginius» en los mercados de Charleston, Savannah, Mobile y Nueva Orleans. Y aquellos hombres, fuerza es reconocerlo, eran verdaderamente bellos, admirables muestras de la ciencia práctica de los criadores. Se les podía palpar las piernas, los brazos, los lomos; todos los músculos bien salientes, se manifestaban fácilmente, dis-

puestos para todos los trabajos; los brazos pendían rectamente á ambos lados del pecho abultado; los dientes eran blancos, bien alineados, sólidos, capaces de romper de un golpe los dos huesos de pacana. Los criadores estaban orgullosos de su ganado humano y pretendían al mismo tiempo haber sabido dar á aquellos humanos cuerpos el género de alma que les convenía. «Puesto que la felicidad es la carencia de penas y de cuidados, decía uno de ellos, creo que nuestros esclavos son los cuatro millones de hombres más felices que alumbra el sol». Pero Satán se introdujo en el Edén bajo la forma de un abolicionista.

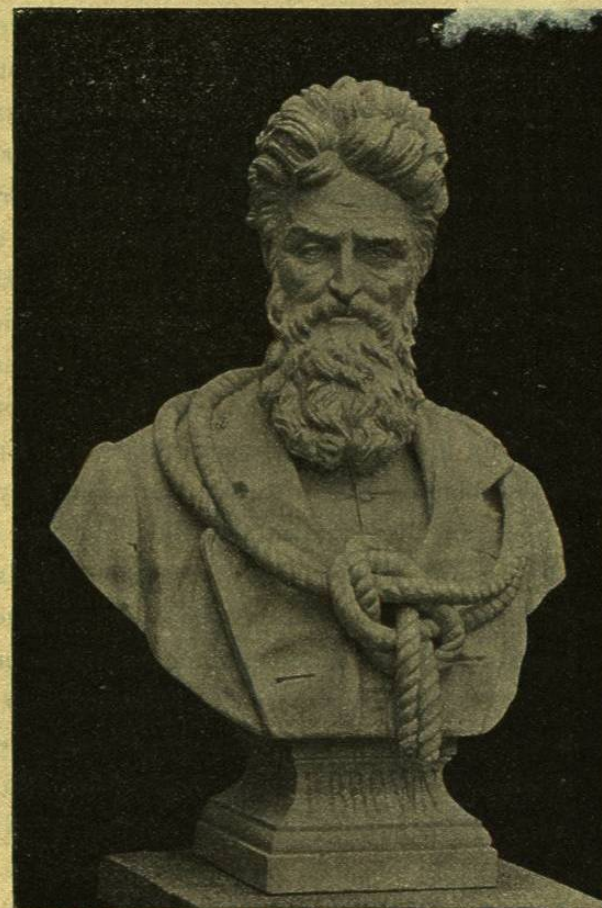
Hubiera podido creerse que los «republicanos» de la Nueva Inglaterra defenderían en todo tiempo la emancipación de los siervos, pero es lo cierto que medio siglo después de la fundación de la República ninguno pensaba en libertar los esclavos: todos se atañían á la letra y al espíritu de la Constitución que había conservado la servidumbre de los Africanos. El primer blanco que osó reclamar en un diario la libertad de los esclavos, William Lloyd Garrison, fué arrastrado con una cuerda al cuello por las calles de Boston y reducido á prisión (1835). Pero aquel periodista era un héroe: pronto no estuvo solo, agrupando algunos valientes en su derredor; cada gran ciudad vió surgir una «sociedad de abolicionistas, y el partido aumentó rápidamente en proporción de las mismas transformaciones que se operaban entre los esclavistas y que tendían á transformar una sencilla institución de hecho en la aplicación de un sistema absoluto de política y de moral. En nombre del «principio» de la esclavitud, las gentes del Sud se sobreponían á la Constitución; mas por lo mismo las del Norte comenzaban, con Sumner, á invocar «una ley más alta», y, con Wendell Phillips, á «maldecir la república infame». Mientras que en el Sud se empezaba á perseguir y á ahorcar á los viajeros sospechosos de tendencias abolicionistas, unos rebeldes enemigos de las leyes se ligaban en los Estados del Norte en conjuraciones y en sociedades secretas para socorrer á los esclavos fugitivos y guiarles hacia la tierra libre del Canadá por los «ferrocarriles subterráneos», es decir, por los caminos seguros que enlazaban unas á otras el corto número de casas hospitalarias abiertas por la noche á los desgraciados negros.

Pero hasta la época (1851) en que la Sra. Beecher Stowe publicó la famosa novela *Uncle Tom's Cabin*, que recorrió el mundo entero, hasta el Africa y el fondo de la China, el partido de los abolicionistas francamente despreciado por todos los que se preciaban de tener nobles pensamientos y gracioso lenguaje; hablar de los negros con simpatía era indicio de vulgaridad, y como sucedió cincuenta años después con el epíteto «anarquista», la palabra «abolicionista» indicaba, no sólo un criminal, sino además un ignorante: sobre este punto los sabios estaban de acuerdo con los personajes oficiales. Boston se decía *the hub of the Universe*, «el cubo de la rueda del Universo», y, sin embargo, en ese centro universal era rechazada en términos despreciativos toda idea encaminada á la libertad de los negros por los que pretendían la dominación moral de la sociedad. La Universidad de Harvard, por acuerdo unánime de profesores y estudiantes, condenaba solemnemente la mala doctrina de la emancipación.

Entre tanto, la diferencia de las condiciones económicas entre el Norte y el Sud, y sobre todo el espíritu de dictadura que se había apoderado de los políticos esclavistas, tendían á hacer la guerra inevitable entre las dos mitades de la república americana: mucho antes de la lucha final, lo anunciaban bruscos conflictos que surgían en distintos puntos, porque constituye uno de los rasgos esenciales de la historia el hecho de que los grandes trastornos vayan precedidos de estremecimientos precursores. Y así ocurrió que, después de un voto del Congreso creando en 1854 los dos nuevos territorios de Kansas y Nebraska, estalló la guerra espontáneamente en la primera de esas dos comarcas entre esclavistas y colonos libres. Los propietarios de esclavos del Missouri, excitados hacía tiempo por los políticos del Congreso, tenían empeño en poblar el Kansas de negros esclavos. En los días del voto los Missourianos invadieron las salas de la votación, acometieron á los labradores venidos de los países libres y después anunciaron su victoria. Por otra parte, la ola de los trabajadores continuaba dirigiéndose desde los Estados del Norte y del Nordeste hacía el suelo nuevo, y hubo luchas sangrientas en distintas ocasiones, sirviendo de preludeo de la gran guerra que había de estallar pocos años después; muchos de

los hombres que tomaron parte en aquellas escaramuzas hicieron allí su aprendizaje para la terrible lucha. El Kansas fué conquistado por los abolicionistas del Norte, pero en realidad fué perdido para la causa, puesto que el primer artículo de la Constitución ~~establecía~~ absolutamente á todo negro, esclavo ó libre, la residencia en el territorio del Estado: ¡siempre la oscilación entre el bien y el mal!

Unicamente los intereses estaban en juego en las guerras civiles del Kansas: faltaba allí el fervor revolucionario por una causa desinteresada. Los negros esclavos estaban demasiado estrechamente oprimidos para que les fuera posible suscitar por sí mismos una guerra servil: los propietarios disponían de una fuerza material harto considerable y la po-



Según J. G. de Blezer.

JOHN BROWN

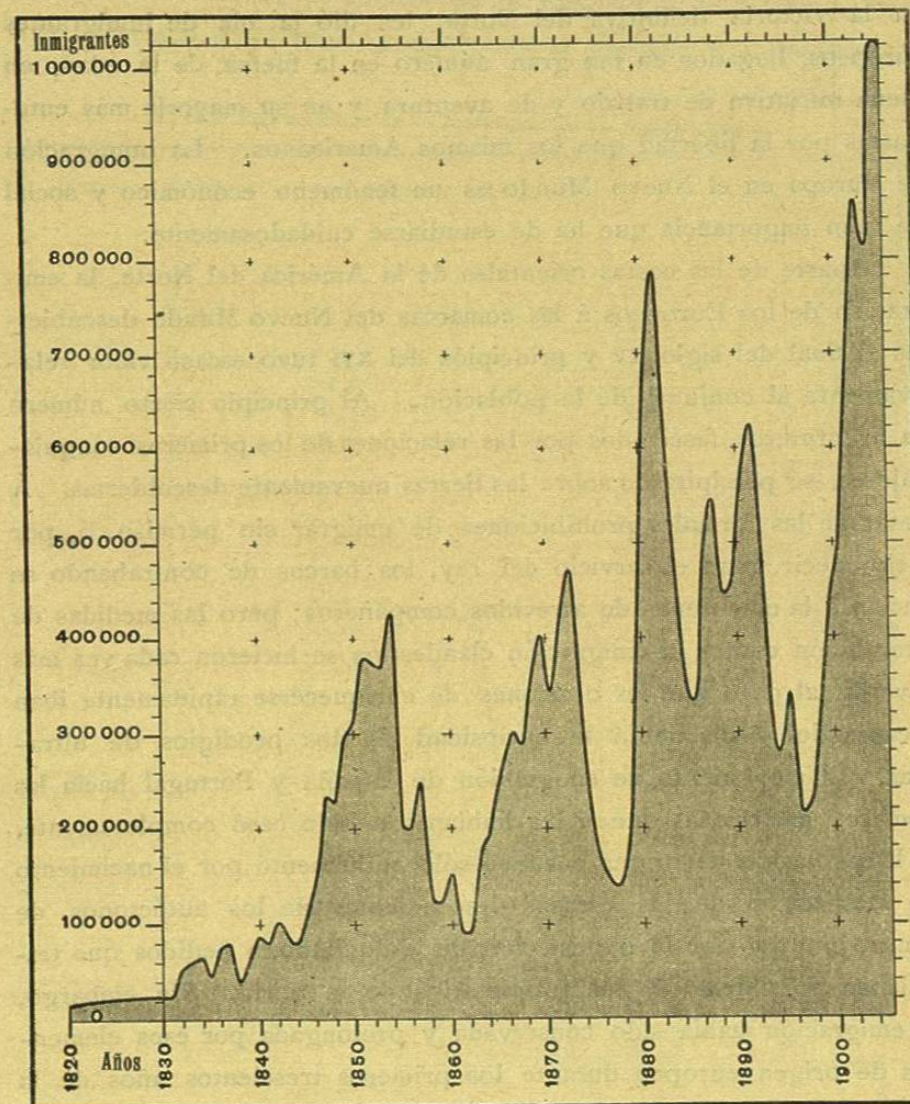
nació en 1800; fué ahorcado en 2 de Diciembre de 1859.

licía de las plantaciones se hacía de una manera tan rigurosa que la menor tentativa hubiera sido inmediatamente descubierta y reprimida; es á algunos blancos, y especialmente á John Brown, á quienes corresponde el honor de representar la nación en lo que tenía de más noble y generoso. Aquel colono virgino de origen septentrional, concibió el proyecto de reunir en su rededor un ejército de negros fugitivos y constituir con ellos una

república guerrera en los montes Alleghany, transformados en ciudadela. « Dios mismo, decía, había creado aquellas montañas para hacer de ellas el lugar de defensa de los esclavos rebeldes ». Puritano convencido, pero más hombre de acción que de oración, se creía escogido para empuñar la espada del Señor en una guerra de emancipación de los negros. Aquella guerra fué corta, puramente local y mínima por el número de los combatientes, pero fué heroica por parte de los agresores y mucho más noble por su objeto que aquella que se produjo después, llamada guerra de « Secesión ». En tanto que ésta, que movió millones de hombres durante cuatro años, intentó, aunque sin conseguirlo, desarrollar sus formidables conflictos sin tocar el texto literal de la Constitución, el incidente de la rebeldía y la muerte de John Brown se terminó, sin la menor hipocresía, fuera de toda acción oficial y convenida. El héroe fué el inspirador de todos los que, en el gran conflicto, tuvieron fija la vista en un ideal verdaderamente humano. Como lo repitió el *ritornello* del himno guerrero que cantaron después los negros libres, « El alma de John Brown marchaba delante de ellos ».

En cuanto á los hechos materiales de la pequeña insurrección local, la majestuosa historia oficial parece que trata de olvidarlos, y en aquellos Estados Unidos, donde suelen recordarse los grandes hombres con el respeto supersticioso de todo lo que les pertenece, no se halla piedra ni inscripción que recuerde en términos laudatorios ni siquiera decentes la memoria de John Brown. El 16 de Octubre de 1859, John Brown, con sus mismos hijos y veintidós amigos se apoderó de un almacén de armas situado en la ciudad de Harper's Ferry. Aquel punto estratégico, en la confluencia del Potomac y del Shenandoah, estaba muy bien escogido, y si los negros de las inmediaciones hubieran acudido á su socorro, si la insurrección se hubiera propagado de campiña en campiña, hubiera podido resistir mucho tiempo; pero no se produjo el levantamiento esperado, y de todas partes acudieron las milicias virginias á sitiarse. La pequeña partida, más que diezmada, fué pronto capturada, y John Brown, cubierto de heridas, fué ahorcado el 2 de Diciembre en un pueblecillo inmediato á Harper's Ferry. Su último acto, antes de ceñir su cuello la cuerda de la horca, fué besar en la frente á un niño negro que

N.º 456. Inmigración á los Estados Unidos de 1820 á 1905.



Las cifras más recientemente publicadas y que no ha conocido el autor, exceden de un millón de inmigrantes: 1.027,000 desde el 1.º de Julio de 1904 al 30 de Junio de 1905 y 1.030,000 durante los doce meses siguientes.

se hallaba entre los curiosos: acto simbólico y promesa de un porvenir no realizado aún entre las razas de la República americana.

Si los historiadores de los Estados Unidos, más fieles á la letra que al espíritu, no hacen completa justicia á la insurrección de John

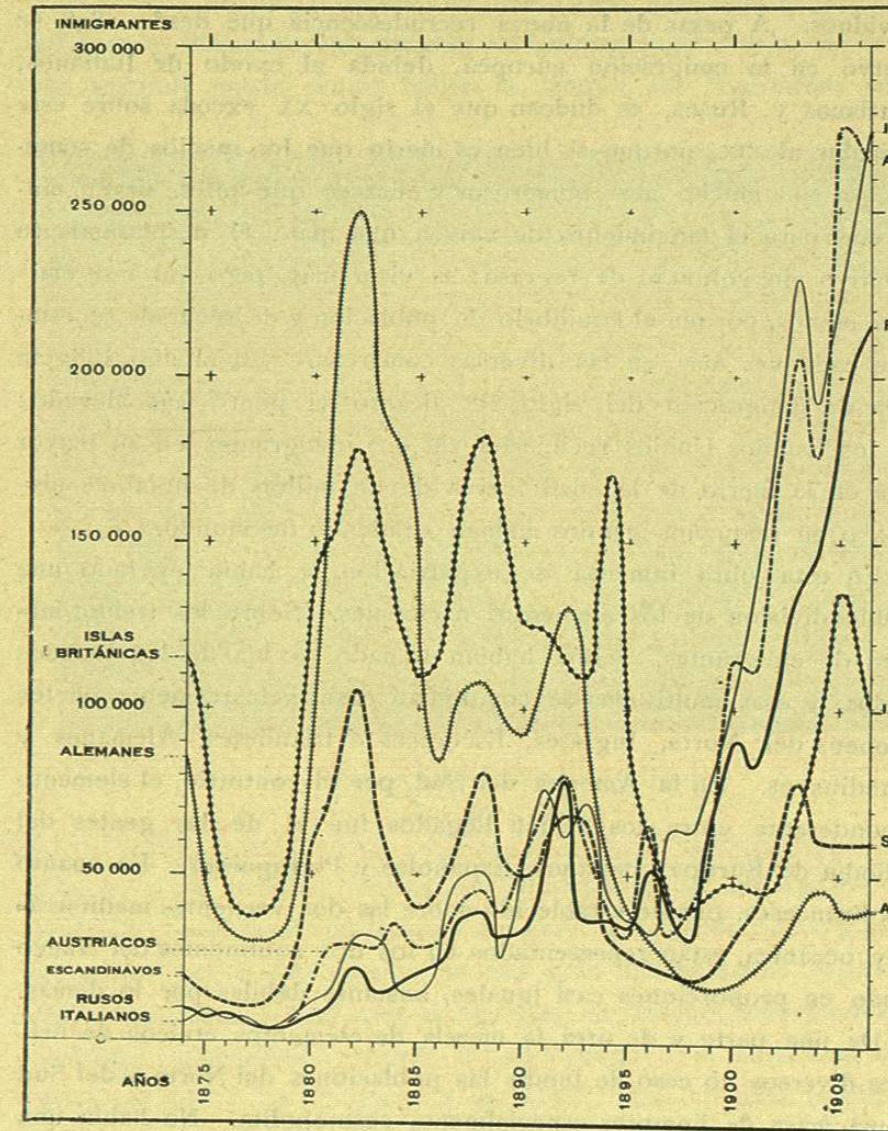
Brown, quizá no tengan tampoco en cuenta el enorme apoyo que, en la victoria definitiva del Norte, les dió la ola de inmigrantes europeos, llegados en tan gran número en la fuerza de la edad, en plena iniciativa de trabajo y de aventura, y en su mayoría más entusiastas por la libertad que los mismos Americanos. La inmigración de Europa en el Nuevo Mundo es un fenómeno económico y social de gran importancia que ha de estudiarse cuidadosamente.

Aparte de las costas orientales de la América del Norte, la emigración de los Europeos á las comarcas del Nuevo Mundo descubiertas al final del siglo XV y principios del XVI tuvo escaso valor relativamente al conjunto de la población. Al principio cierto número de aventureros, fascinados por las relaciones de los primeros conquistadores, se precipitaron sobre las tierras nuevamente descubiertas. Á pesar de las formales prohibiciones de emigrar sin permiso, ó, por mejor decir, para el servicio del rey, los barcos de contrabando se hacían á la mar llenos de atrevidos compañeros; pero las medidas de precaución contra la emigración clandestina se hicieron cada vez más severas, al paso que las ocasiones de enriquecerse rápidamente iban escaseando y disminuía la curiosidad de los prodigios de ultramar. El movimiento de emigración de España y Portugal hacia las comarcas americanas que se les habían sometido cesó completamente, y la población de origen europeo sólo se aumentó por el nacimiento de mestizos ó de los escasos descendientes de los autóctonos de sangre pura y por la importación de «alquilados» pedidos que trabajaban por cuenta de los propietarios de la tierra. Sin embargo, la emigración había sido conservada y prolongada por esos elementos de origen europeo durante los primeros trescientos años de la ocupación.

Desde la mitad del siglo XVIII la importación de los «alquilados» alemanes en Pennsylvania tuvo importancia suficiente para alarmar á Burke, quien en 1765 expresó el temor de que aquella colonia se hiciera completamente extraña á la Gran Bretaña por la lengua, las costumbres y las tendencias; sin embargo, la emigración no tomó un carácter continuo y regular hasta después de las guerras del Imperio, al principio del siglo XIX. A medida que disminuía la trata de esclavos y que el trabajo asalariado tendía á reemplazar la compra

directa de los negros, el número de los emigrantes de Europa aumentaba: de miles se elevaba gradualmente á decenas y á centenas de

N.º 457. País de origen de los inmigrantes en los Estados Unidos.



millares anuales. Durante los cien años que terminaron en 30 de Junio de 1900, la multitud de hombres que abandonó voluntariamente Europa para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano pudo evaluarse en treinta millones.